Editorial

En este nuestro ambiente español enrarecido, amargo, hosco, lleno de descontento íntimo, por clara, o confusa, conciencia de estar —colectivamente— con la espalda vuelta, o casi vuelta, a aquel dolor tan ancho, tan profundo, que es España, nosotros aragoneses, podemos sentir un orgullo más, un nuevo legítimo orgullo: el de la fidelidad militante a nuestro pueblo.

Juntos estamos hombres de todas las tendencias compatibles con la independencia y la dignidad de la Patria, pero juntos, no para la frivolidad, no para el olvido de nuestra condición primera; españoles de aquella España que se levantó en soledad casi perfecta a decir a los hombres con el lenguaje de su sangre, de su angustia, cómo se merece la libertad, cómo se gana y se edifica el futuro.

Nosotros no hemos olvidado la razón de nuestra presencia en América, a nosotros no nos ha faltado generosidad para tender las manos bien abiertas al hermano de lucha, de sangre, de esperanzas; nosotros no cerramos los ojos, los oídos, el alma, a la necesidad, a la agonía de España.

Estamos unidos por el amor y por el odio. Amor entrañable a la patria lejana, ¡tan dentro de nosotros, tan viva, tan presente!; y odio sin límites, odio capital, objetivo y apasionado a la vez, odio sin fisuras, al fascismo enemigo de la humanidad, aniquilador de la cultura, de la dignidad, de la independencia de los pueblos y de la libertad de los hombres.

En este amor y en este odio es posible encontrar caminos al entendimiento, razones de trabajo, de esfuerzo, de sacrificio en común. Parémonos a pensar que la mejor respuesta al sostenido atropello contra España, contra nuestro pueblo, no es una riada de retórica. Parémonos a pensar que los acontecimientos marchan vertiginosamente, y que España está maniatada, muda, sin presencia ni voz en esta hora decisiva para nuestro futuro.

Y pensándolo acongojadamente, unámonos más, esforcémonos más porque esta convivencia y amistad nuestras se extiendan a todos los españoles desperdigados por el mundo. Que, o nos unimos para la libertad, para la gloria y la grandeza de una España remodelada en nuestras manos, o habremos de unirnos en la tristeza del coloniaje, en la indignidad de una servidumbre disfrazada, en la ignominia de entregar a nuestros hijos una patria comida de odios, aplastada de miseria, en trance de liquidación y de muerte.

Caídos

JOSE ALMUDI

Por José Duque

Había en España una juventud ardiente y rebelde que se orientaba a conquistar una vida digna de ser vivida. Esta juventud luchó con el más elevado heroísmo durante tres años. Muchos centenares de miles de los que formaban tan espléndida generación cayeron en el curso del combate a través del cual buscaban un porvenir brillante que nada tenía que ver con ese otro del que desde niños nos venían hablando nuestros padres, consistente en saber amoldarse lo más hábilmente posible al viejo estado de cosas.

José Almudi fué un alto representante de aquella juventud animosa y combatiente. Yo tuve la dicha de ser su amigo y el honor de compartir con él años inolvidables de intensa actividad revolucionaria. Cuando más arreciaba el huracán de la represión, en octubre de 1931 Almudí solicitó su ingreso en las hoy desaparecidas juventudes Comunistas. En los medios revolucionarios de Zaragoza destacó pronto la figura de este joven universitario, sencillo y abierto, cuya única ambición consistía en entregarse apasionadamente al servicio de una causa en la que él veía la única y suprema razón de su existencia.

El trabajo ilegal, que Almudí no vaciló en llevar al propio cuartel; la campaña por la amnistía, el Frente Popular para cerrar el paso al fascismo, la unificación de las Juventudes Comunistas y Socialistas; todas estas tareas cálidas y tensas, precursoras de los combates de Julio, absorbieron por entero a nuestro camarada, transformándole en un agitador revolucionario cuyo verbo brillante y encendido enardecía a auditorios de obreros y campesinos.

El joven poeta que unos años antes se esforzaba por hallar un sentido justo a su vida apenas comenzada, dió con lo que buscaba incorporándose a la marcha recia y erguida de lo mejor del pueblo.

Comprendió que la época que le había tocado vivir era la más decisiva de todos los tiempos. Por eso, la guerra no le sorprendió sumergido en el ensueño sino en plan de dirigente de los campesinos de Caspe. Después se incorporó como un combatiente más a la columna mandada por Buenaventura Durruti y más tarde, en calidad de comisario de batallón de la 27 División avanzando al frente de sus soldados, alentándolos con su ejemplo, cayó herido en los llanos de Zuera.

Desde entonces, a los 25 años Almudi fué un inválido de guerra. Pero inválido y todo siguió cumpliendo con sus deberes de combatiente. En los días difíciles de la retirada de Aragón abandonó el hospital para cooperar con su esfuerzo al esfuerzo de todos encaminado a detener el desastre. Posteriormente fué destinado como Comisario a los Centros de Reclutamiento de Levante, donde permaneció hasta las trágicas jornadas de marzo de 1939. Hecho prisionero por las tropas italianas, pudo fugarse del siniestro campo de Albatera, llegar a Barcelona y emprender el camino de la liberación hacia el Norte, hasta la raya misma que divide a los Pirineos en franceses y españoles y allí quedó despeñado entre simas y barrancos.

La noticia de su muerte me hizo apretar los puños, morderme los labios, sin que esto fuera bastante para contener mis lágrimas. Me acordé de las palabras de nuestro sabio y profundo Gracián: "Mucho has perdido, si un amigo perdiste". Pero no se trataba solamente, con ser mucho, de una pérdida personal. Pues el antifascismo aragonés perdía con Almudí un soldado valeroso, un intelectual compenetrado estrechamente de los deberes que el intelectual honrado tiene contraídos con su pueblo; un militante, serio, responsable y consciente.

De esta vida breve que pudo ser tan fecunda, habrá que hablar alguna vez más despacio para ejemplo y estímulo de la nueva generación que hoy se incorporan al puesto de lucha y sacrificio que José Almudí, aragonés de noble estirpe, dignificó y honró en tal alto grado.

¡EL ULTIMO...

le circundan, esa patria es el ámbito de la niñez, y sólo en cuanto me evoca la niñez y me hace vivir en ella y bañarme en sus recuerdos, tiene valor. Esta concepción de la patria más chica es lo que me inspira el siguiente soneto que, bajo el título de "Niñez", publiqué en una de esas revistillas de jóvenes que duran lo que una flor."

El soneto dice así:

"Vuelvo a ti, mi niñez, como volvía
a tierra ,a recobrar fuerzas, Anteo.
Cuando en tus brazos yazgo, en mí me veo.
Es mi asilo mejor tu compañía.

"De mi vida en la senda eres el guía.
que me aparta de torpe devaneo.
Purificas en mí todo deseo.
Eres el manantial de mi alegría.

"Siempre que voy en ti a buscarme, nido
de mi niñez, Bilbao rincón querido
en que ensayé con ansia el primer vuelo,

"súbeme de alma a flor mi edad primera
catándome recuerdos, avorero,
preñados de esperanza y de consuelo."

Habrán de perdonarme por haber dejado a Unamuno que diga de su Bilbao lo que yo debí haber dicho de Zaragoza, que diga él del país vasco lo que yo debí haber dicho del pueblo aragonés. . .

He dicho "país" vasco y "pueblo" aragonés, sin darme cuenta. ¿Por qué? Tal vez porque, en efecto, hay países—hay paisajes—hay pueblos—comunidad humana—. El aragonés—otras veces lo dije—es más pueblo que país, mientras el vasco es más país que pueblo. Su geografía es la de una amurallada ciudad gigante, mientras la de Aragón, sobre todo la de Zaragoza, es la de un llano, la de un ágora, la de un recinto para asambleas, para "manifestaciones".

III

Pero, ¿en qué conocemos, en qué puede conocer el mundo a nuestro pueblo?

Yo resumiría las virtudes de Aragón en una magistral capacidad histórica que no suele ser frecuente en el resto del mundo: en su capacidad de decir "no". Decir "no" rotundamente, en el momento preciso, no caprichoso, en que las fuerzas extrañas a su espíritu le invitan a retroceder en su camino histórico.

Y en este momento, en esta conmemoración del 5 de marzo, de una fecha singularmente zaragozana, ¿qué es lo que celebramos, qué es lo que hace que volvamos los ojos a Aragón sino uno de estos "nos" enérgicos, rotundos, que llenan la historia aragonesa, el "no" lanzado a un tradicionalismo enclenque, poco menos que ridículo, a un tradicionalismo de esos Carlos tangenciales, suplementarios, a la historia española—sombra y repercusión del primero o del quinto—que no significaban sino algo así como una "reprise" de cierto imperialismo trasnochado, de un pulso de historia lindante con la Edad Media, con todo su cortejo de supersticiones, de modos huecos de vivir, de gestos a veces gallardos, pero siempre con una persistente inclinación al teatro, a la repetición, a la mentira?

Porque ya Aragón había dicho "no" a ese imperialismo felipesco, en pleno auge de su absoluto poder. Ya Aragón había dicho "no" a otros poderes: al de Roma, al inquisitorial, al napoleónico, al de todos sus monarcas —algunos ejemplares— que, en fin de cuentas, eran tanto como los ciudadanos, tanto como el pueblo.

Su símbolo, su espejo, su vida, es siempre el río. Sus hombres han preferido siempre estudiar corrientes, no cavernas. Mi primer libro, por ejemplo, ¿cómo había de titularse sino "El río fiel", es decir, el Ebro? Pero yo sólo soy un aragonés más, que sigue atento el rumbo de su pueblo, el magnífico modo de jalonar de la historia de su pueblo.

Y sus jalones, rotundos, expresivos, heroicos ,son otros tantos "¡no!"

Ahora yo lo sé. . . ¿Quién no lo sabe? De nuevo llegó a Aragón uno de esos enemigos de la historia, que quieren oponer su tajadera a la corriente histórica, noblemente, heroicamente histórica de Aragón. Ha llegado el momento de erguir, de elevar en el corazón del pueblo, otro jalón, otro rotundo "¡no!". La misma Edad Media, con todos sus comisionistas, con todos sus cultivadores, con todos sus oportunistas, ha querido desviar la corriente del Ebro, hacerlo mirar hacia Reinosa, hacia un Carlos cualquiera, hacia un Napoleón de guardarropía. . .

Desde este asilo mexicano ¿qué podemos, qué debemos hacer nosotros sino lanzar la misma enérgica, la misma histórica exclamación?

Queridos paisanos, españoles todos. En este cinco de marzo, fecha viva, jalón nunca abatido, explosión auténtica del Aragón verdadero, escribamos en nuestro propio corazón y lancemos al aire frente al Aragón falsificado, frente a la España falsificada de estos días, otro rotundo, otro sonoro, otro vibrante "¡no!"

CIERZO

Ya los chopos estarán vestidos, y sus hojas, de verde tierno y casi blanco estaño, sonarán quedamente en los cielos de Aragón, tan altos, tan azules en la primavera.

El agua gorda y roja de los deshielos, habrá pasado ya, y será clara, juguetona, la que corra por las acequias, con penachos de cañas en su fondo, y yerba viciosa, perfumada, descolgándose de los ribazos, por tocarle el lomo fresco y florecerle volantillos blancos.

En los huertos, habrá caído ya la flor de los habares, estallarán rosas y clavellinas, subirá la menta. . .

Irán cuajando los frutales —abugos, ciruelas, nísperos, peras de limón, de don Guindo; alberjes, cerezas, melocotones, dorasnillas. . .— y los chiquillos, con el hambre vieja, caprichosa, que nos llevó a saltar cercas y tapiales, y el hambre nueva, amarga, que trajo la Falange, hincarán el diente en carnazones ácidas, extremecedoras, guiñando sus ojos sin infancia, con luces de terror en lo hondo.

Por un camino con sombra de olmos y moreras, entre campos de tréboles y alfalfas, pasará un labriego, la azada al hombro y un silbo —¿nuevo, viejo?— brotándole insospechadamente de los labios, ya casi piedra y hiel, por años de dolor y de silencio.

*

En los secanos, habrán campos de trigo, de un verde jugoso y delicado, en contraste duro con la blancura ósea —cales, ceniza— de los calveros.

Eriales, pardos o cenicientos, tendrán aliagas con flores amarillas y romeros florecidos de blanco. Brotará a los cardos su flor amoratada, como nacida con dolor de acero que se abre a la ternura. La calandria subirá más alta, y su canción será más dulce en la mañana tersa, limpia.

Lejos, la paridera, un grupo de sabinas, de pinos, de cipreses, y remota, la sierra, rosa y azul, dorada en los picos más altos.

Por el camino de la "balsa-buena" irá un pequeño rebaño envuelto en nuvecilla de polvo. El pastor —abarcas, zurrón, sombrero de fieltro— dejará oír su voz sobre el alegre esquileo y los balidos. La canción, —¿vieja, nueva?—le brota insospechada de los labios, ya casi piedra y hiel, por años de dolor y de silencio.

*

Y es, que este año, sí hay primavera en España. La han encendido en cada corazón, en cada frente, los obreros, los campesinos, los intelectuales que luchan clandestinamente; el Ejército Rojo, los españoles de la Legión Francesa, las gentes del Canadá, de Australia, de Estados Unidos, de Nueva Zelandia, de Africa; los patriotas de Francia, de Yugoeslavia, de Noruega, de la India; el indecible heroísmo de China, el ímpetu de los polacos que verdaderamente luchan por su patria, el sacrificio de los checos, las guerrillas de Albania, los soldados ingleses, los terroristas montenegrinos. . .

Este año —con su permiso, Mr. Churchill— hay primavera en nuestra España.